



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx



La firmeza se hace estimar aun por el enemigo contra quien se emplea, que no puede menos de aplaudirla, aun cuando parece que la reprende.

No tengo otro interés que el de la verdad.

Fuerte convicción, que forma tanto los héroes como los fanáticos.

El mayor inconveniente que pueden presentar los sistemas políticos, es el de ser absolutamente impracticables.

Nada puede hacerse sin orden y economía.

Hay en la Historia secretos que no es posible averiguar, y en que queda más campo a la maledicencia que a la verdad.

No es preciso que el poder recaiga en hombres de gran capacidad: decoro y probidad es todo lo que se necesita.

Los que mandan en tiempos de partidos sin tener la energía y poder necesarios para dominarlos, no contentan a ninguno.

Nada se resiste al esfuerzo unido de gran número de brazos.

En los partidos numerosos no es posible que todos se conduzcan con prudencia.

Efecto ordinario de las vicisitudes políticas, en todas partes, vuelven todos las espaldas al vencido y dirigen los aplausos y lisonjas al vencedor.

Gobernar al acaso, dictando providencias aisladas según las circunstancias, no es lo que puede hacer la felicidad de una na-

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

ción, siendo al mismo tiempo incierto y poco seguro para el gobierno mismo, que no puede contar con un apoyo firme, ni hacerse de un partido en que pueda poner su confianza.

Un infortunio es siempre precursor de otro.

Sucede en toda variación del jefe superior: caen del favor los que lo obtenían del antecesor y lo obtienen los que antes eran vistos con desprecio o indiferencia.

La gente de juicio ve las cosas en su esencia, y no dejándose deslumbrar con apariencias, sabe aplicar la crítica para encontrar la verdad y dar el mérito a quien verdaderamente lo tuvo.

En este siglo diecinueve que se llama filosófico, destruida toda idea de honor y de fidelidad, no ha quedado más que lo físico y positivo, a lo que se sacrifican aquellos principios que fueron antes el cimiento de la sociedad, y que han venido a quedar reducidos a vanos e insignificantes nombres.

(El) respeto y consideración (para el gobernante) sólo es obra del tiempo y de un largo ejercicio de la autoridad.

L U C A S A L A M A N

El tiempo de la elección de Presidente es período el más crítico y peligroso en las repúblicas.

Una monarquía con una dinastía de nuevo origen, reúne todos los males de una república a todos los inconvenientes de la monarquía.

Es condición esencial para el goce perfecto de un bien, la seguridad de gozarlo siempre.

Nada es peor en las leyes que lo indefinido.

La verdad es la única guía que me conduce.

Los jóvenes mexicanos, para educarse en principios enteramente religiosos, van a aprender a ser católicos en los países protestantes (1852).

Nada es peor que hollar los principios de justicia afectando observarlos.

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

El espíritu de partido da importancia a los sucesos casuales, encontrando en todo campo en que ejercerse.

¡Tanto varían los afectos de los hombres, según las circunstancias!

(Los) males (sociales) deben remediarse, no sólo sin chocar con aquellas inclinaciones manifestadas por el transcurso del tiempo, sino al contrario lisonjeándolas y favoreciéndolas, pues de otra suerte la reforma no sería ni popular ni subsistente.

Sucede siempre con todas las falsas medidas, que producen un efecto contrario al propuesto, y hallándolas impracticables es preciso no insistir en su ejecución, sin derogarlas por eso; proceder ordinario, pero pernicioso, de las autoridades superiores, cuando yerran y no se atreven a confesarlo.

La experiencia a poco andar hace notar inconvenientes que no pudieron preverse antes de poner en práctica un sistema político.

Poco pueden las leyes de los hombres, contra las de la naturaleza y contra el influjo de costumbres y preocupaciones inveteradas.

Para quien ejerce una autoridad suprema, es molesto todo lo que se encamina a limitarla.

La idea de dictadura, que suele tener algunos partidarios, debe ser absolutamente excluida de los medios en que puede pensarse para la reforma de la constitución.

¡Como si fuera posible prohibir el hablar, y más en tiempos revueltos!

Espíritus fuertemente excitados por un poderoso interés y movidos por grandes miras políticas, no se satisfacen nunca sino logrando su intento.

Lisonjas del amor propio y pequeñeces de los hombres, que a veces influyen más que otros motivos en sus más importantes acciones.

Nada en lo político suscita tantos enemigos como la desgracia.

Los partidos son fecundos en recriminaciones.

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

¡Tan difícil es la condición del que gobierna en tiempos de partidos, que no consigue acertar, ni aun con los mejores deseos y previendo los riesgos que corre!

Por efecto del transcurso del tiempo, olvidados todos los extravíos del hombre, sólo quedan presentes los beneficios que de él se han recibido.

(México) es una nación en que todo está por hacer, por haberse destruído todo lo que existía.

El espíritu de partido mancha todo aquello que cae bajo su poder e influencia.

Fácil es suponer crímenes y fingir criminales cuando se pierden de vista las circunstancias que acompañan a los sucesos.

Permitido debe ser, ceder hasta cierto punto a la fuerza de las circunstancias, principalmente en tiempos de frecuentes vaivenes políticos y para hombres que ocupan una alta posición; pero nunca puede serlo ponerse en contradicción consigo mismo, y proclamar hoy lo contrario de lo que ayer se había recomendado.

No es lo más difícil para una nación lograr su independencia, sino hacer ésta provechosa, por el establecimiento de un gobierno acomodado a sus peculiares circunstancias.

El carácter del siglo es la superficialidad.

La experiencia de los negocios suele calificarse de rutina y adhesión a añejas ideas.

Desgraciada propensión de los mexicanos a gastar pródigamente cuanto tienen, sin pensar en el porvenir.

Las cosas más grandes suelen proceder de un principio insignificante o casual.

El vicio dominante en la masa de la población (mexicana) es la propensión al robo.

En la profesión militar el pundonor es calidad más esencial que la instrucción.

Nada es tan pernicioso para un gobierno, como el descanso y la ociosidad de los cuarteles después de una guerra civil, por-

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

que da lugar a que los militares hagan reflexiones en que no habían pensado durante las privaciones de las marchas y el calor de los combates.

La fuerza militar en tiempo de guerra debe considerarse como uno de los puntos más esenciales del gobierno.

Un militar de honor que (es) fiel a los principios que ha profesado toda su vida, sacrifica intereses, familia y existencia al cumplimiento de sus deberes.

La milicia no es más que un vil tráfico, cuando se aparta de esta norma.

La experiencia anterior a la revolución (de los insurgentes) y la posterior también, ha enseñado que, para conservar la tranquilidad interior, no son necesarias muchas fuerzas, y las que ha habido, apoderándose de ellas las facciones de que han sido alternativamente instrumento, antes han dañado que servido para aquel objeto.

Aunque no hubiese necesidad de un ejército numeroso para ningún objeto inmediato, cada partido que ha dominado en la República, ha querido conservarlo considerándolo como su apoyo,

pues aunque en las diversas revoluciones y guerras civiles que forman la historia de la independencia, el ejército, que es el único que ha tomado parte en ellas (1852), se haya dividido en dos bandos, al terminarse la contienda por los planes o convenios con que casi todas han fenecido, han vuelto a unirse las dos partes opuestas, confirmándose los empleos y grados concedidos por la una y la otra, lo que ha hecho subir tan exorbitantemente el número de generales, jefes y oficiales, contando el partido vencedor con la totalidad de la fuerza, con sólo excluir algunos jefes y oficiales que no le eran adictos.

(En México) los soldados, fieles a sus banderas, han seguido a éstas en el partido a que han querido llevarlas sus jefes, y sin poder comprender los motivos porque se les ha hecho pelear, han combatido con valor y sacrificado sus vidas en las muchas acciones de guerra que se han dado en las diversas guerras civiles que han ocurrido.

No se prodigaban entonces (1810) los empleos y los grados, como después se ha hecho, para ruina de la república y mengua del ejército, y el estímulo del honor era el más poderoso para excitar los corazones generosos.

El resultado de todas las guerras y revoluciones sucesivas, ha venido a demostrar que el arte del ataque de las plazas está tan atrasado entre nosotros, que un parapeto, una pared, un cam-

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

panario cualquiera, es una fortaleza inexpugnable para nuestras tropas.

Si, como decía Voltaire, la historia de Inglaterra debía estar escrita por mano del verdugo, por la multitud de matanzas que en ella se refieren, esto mismo puede aplicarse con mayor exactitud a la funesta historia de las sangrientas revoluciones mexicanas.

La opresión produce siempre por frutos el aborrecimiento y el deseo natural de librarse de ella; pero los grandes trastornos de las naciones, no son nunca efecto de causas parciales y aisladas: vienen siempre de motivos más generales y poderosos.

En los principios de una revolución, mientras cada partido se cree seguro del triunfo, y todo lo espera de la fuerza de las armas, las medidas de lenidad son despreciadas, considerándolas efecto de la debilidad del contrario y no de su moderación: mucho tiempo de sangre y de desgracias se necesita, para que el cansancio y el desaliento induzcan al más débil a aprovecharse de ellas.

Decidida y firme resolución es indispensable en las grandes empresas.

(Hay) hombres indiferentes a todos los sucesos políticos y sólo ocupados en el cuidado de sus intereses, (que) necesitan para ponerse en acción, como todos los caracteres débiles, del influjo de un hombre superior.

(Hay) sucesos desgraciados que el curso de las revoluciones hace inevitables, y en que todos tienen parte sin que se pueda acusar en particular a ninguno.

Quien se decide a hacer una revolución, debe resolverse a llevarla a cabo, y el que sube a un trono, no debe bajar de él sino envuelto en sus ruinas.

(Muchos) actos atroces no son por otra parte disculpables, sino cuando los produce el fanatismo político, que así como el religioso, hace creer todo permitido y todo necesario para el objeto que se propone.

No hay nada imposible en el calor de una revolución.

En todas las revoluciones, cuando varía alguna de las bases esenciales, todos los papeles y todos los nombres se cambian;

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

(son) tenidos por traidores y enemigos de la (empresa), los adictos al plan (original), como antes habían sido reputados por tales los que rehusaban admitirlo y proclamarlo.

A un pueblo conmovido por fuertes pasiones, en el primer ardor de éstas, nada es capaz de apartarlo del objeto de su amor: muchos y dolorosos desengaños son necesarios para destruir el encanto de sus primeras impresiones.

Nada tenían dificultad en prometer los que nada pensaban cumplir; funesto sistema, que se ha seguido después en casi todas las variaciones políticas del país.

Los compromisos, en tiempos de revolución, arrastran a los hombres más allá de su intención.

Ha sucedido en casi todo el orden de la administración de las naciones que han adoptado las teorías llamadas liberales (que), comenzando por destruir todo lo que constituía el respeto debido a las autoridades, no han dejado a éstas otro medio que la fuerza para hacerse obedecer.

En todo movimiento popular en que se versan grandes intereses, no hay medio entre vencer o ceder del todo: las con-

cesiones parciales son recibidas con desprecio, o no sirven más que de paliativo para cobrar a su sombra nuevo aliento el partido a quien se hacen.

En los momentos de una revolución, las providencias más benéficas fuera de la oportunidad, producen un resultado enteramente contrario al que se desea.

(Iturbide) conoció las circunstancias; supo sacar partido de ellas, y en esto consistió todo el resultado que obtuvo. Lo mismo suele suceder en todas las revoluciones: el momento oportuno es el secreto de ellas.

No hay distinción más ofensiva en la sociedad que la que nace del origen de las personas.

La raza española empeñada (en México) en destruirse a sí misma, no ha conseguido sublevar contra sí a las que ha estado excitando con declamaciones injustas e imprudentes. (1852).

Parece rasgo característico de la raza española en uno y otro hemisferio, excusar ocuparse de los negocios desagradables por más urgentes que sean, o tomar en ellos medidas que en un tiempo pudieron ser útiles, pero que cuando se llegan a dictar

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

son ya fuera de sazón. El silencio parece que se considera como el mejor remedio en los casos arduos, o se cree que las cosas han de dejar de suceder por no decir las.

Los mexicanos (son) hijos de los españoles en ese género de respeto farisaico a lo que no puede sostenerse contra el impulso de los sucesos.

La existencia de México como nación independiente, bajo un pie respetable, es lo único que puede asegurar a España la conservación de la isla de Cuba y Puerto Rico; a la Inglaterra, la de la Jamaica y demás Antillas. (1852).

En países que carecen de homogeneidad en la masa de su población, y que por esto, más bien que una nación, son una reunión de naciones de diferente origen, y que pretenden tener diversos derechos, si esta diversidad no se funda sólo en las leyes sino que procede de la naturaleza; las varias castas abandonadas a sus esfuerzos, no habiendo una de ellas que domine legalmente como en los Estados Unidos, más tarde o más temprano acaban por chocar entre sí, si un poder superior a todas, sostenido por un prestigio por todas igualmente reconocido, no conserva entre ellas el equilibrio, protegiéndolas sin distinción y sin oprimir a ninguna. De otra manera, los elementos de discordia se manifiestan en cualquiera ocasión, y a veces en los momentos en que la unión sería más necesaria, como cuando se trata de

repeler una agresión extranjera, pues entonces el invasor fomenta en su provecho estas rivalidades, haciendo imposible un esfuerzo nacional, como entre nosotros sucedió en la invasión del ejército norteamericano en 1847.

En una nación compuesta de elementos homogéneos, o que en un largo transcurso de tiempo ha venido a confundir las diversas razas que han concurrido a su formación, de tal modo, que no es posible distinguir ya el diverso origen de los habitantes que actualmente componen la masa de la población, la forma de gobierno puede ser arbitraria, resultando la más conveniente del estado de la opinión y de los intereses presentes, que están sujetos a variar por mil incidentes; pero en un país en que esta población se halla dividida por la naturaleza y por las leyes que han regido durante largos años en naciones diversas, alguna de las cuales pretende tener derecho exclusivo a la propiedad territorial, esta elección no admite la misma latitud, pues es menester precaver por la índole de las instituciones, que una de estas razas, viniendo a ser predominante, oprima a las otras, como sucede en los Estados Unidos; o que puedan dañarse y destruirse entre sí, hasta hacerse la una exclusivamente de la autoridad con ruina de las demás, como se ha verificado en Haití, y esto sólo puede lograrse estableciendo un poder de tal manera superior a todas, y tan independiente de ellas, que aunque por el origen de las personas en que resida, esté ligado con alguna de las diversas razas que le estén sujetas, por la preeminencia legal que goce, pueda mirarlas a todas como iguales y atender sin ninguna diferencia al bien y prosperidad de cada una, prote-

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

giendo de preferencia a las más débiles y oprimidas, como sucedió en América con la autoridad de los reyes de España, respecto a los indios. Sólo un poder de esta naturaleza puede inspirar igual respeto a todos y contar con el apoyo de todos cuando lo exigiesen las circunstancias de la nación.

Entre nosotros, hemos visto con cuánta facilidad un enemigo exterior que llega a penetrar al corazón del país, puede desunir los elementos mal combinados que forman la población mexicana, y emplear en su provecho algunos de ellos haciéndolos obrar contra los demás.

Cuando en 1847 se verificó la invasión de la República por el ejército de los Estados Unidos de América, los invasores no sólo imitaron el ejemplo de Hernán Cortés, adelantándose temerariamente hasta el centro de la República, sin establecer un camino militar que conservase sus comunicaciones con su base de operaciones que era Veracruz, exponiéndose a ser cortados y del todo aniquilados en el primer revés que sufriesen; sino también, si la guerra hubiese continuado, iban a repetir el de presentarse al frente de la población indígena como vengadores de antiguos agravios y reivindicadores de pretendidos derechos. Los jefes de aquel ejército que habían conocido las circunstancias del país a un golpe de vista, mucho mejor que los mexicanos, que en este punto parecen haber tomado empeño en cerrar los ojos a la luz de la verdad, se persuadieron fácilmente que esta era la parte más vulnerable de la organización mexicana, y una vez descubierto este secreto, ésta será ciertamente el arma más poderosa de que en lo sucesivo hagan uso todos los que intenten invadir o dominar el país.

a pasar el tiempo en la sala de recreación. Vióse palpablemente que las resoluciones de estos cuerpos, no suelen ser conformes con la opinión de la mayoría de la población, que se dice que representan.

Sucede siempre, cuando llega a introducirse la división entre los individuos de un cuerpo, que cada incidente contribuye a aumentarla.

En México, donde no hay opinión formada en el pueblo; donde las elecciones primarias se hacen al arbitrio de los comisionados para formar los padrones, y las de segundo y tercer grado son el resultado de las intrigas que se ponen en ejercicio con los electores primarios y secundarios, el sistema representativo no es una mera ficción, como casi en todas partes, sino una verdadera ironía, y por esto cada partido tiene a mano sus diputados y senadores, para que salgan a la escena según lo pide la ocasión, de donde provienen las frecuentes disoluciones de congresos, a que la nación se manifiesta indiferente, como que se trata de cuerpos que no le pertenecen. (1852).

Cuando se pone a las naciones en el estrecho de parecer por observar instituciones que no les convienen, o echar éstas por tierra para salvarse por el medio violento de una revolución, toca al congreso y al gobierno evitar los males que ésta hubiera de causar, y salvar a la nación por alguna medida conducente al objeto esencial de su conservación.

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

Las teorías lisonjeras que suponen que los cuerpos representativos se forman de los hombres más representativos de la nación por su probidad y por sus luces, los cuales animados de los más puros deseos, discuten con libertad las materias que se someten a su examen, para votar con acierto lo que es más ventajoso para el país, según las luces que la deliberación ha hecho nacer, todas se han desvanecido, cuando la experiencia ha manifestado, que no requiriéndose para ser diputado o senador, las calidades que la misma constitución española (de 1812) exigía aunque para un tiempo futuro, se consideran frecuentemente estos puestos como medios de vivir y hacer fortuna, recayendo a veces las elecciones en sujetos tales, que un hombre de buen sentido no les confiaría, no ya la delicada facultad de intervenir en las materias más difíciles e importantes de la República, pero ni aun la administración del más trivial de sus intereses. Las deliberaciones con tales elementos vienen a ser un campo de personalidades, o sin deliberación alguna se vota como por papeleta, según la orden que sus adictos reciben del que los hizo nombrar, o de algún oráculo oculto que dirige los hilos de la trama, y como también se ha conservado aquella inmensa extensión de facultades que los constituyentes de Cádiz dieron a su congreso, resultando de aquí la imposibilidad de desempeñar tantas atribuciones, el tiempo de las sesiones se pierde en asuntos insignificantes, prefiriendo los personales o recomendados, en perjuicio de los intereses generales que son siempre desatendidos, y no pudiendo el gobierno dar paso sin la intervención del congreso aun en los casos más ordinarios, según estrecha la dificultad, se conceden al ejecutivo facultades de tal manera extensas e ilimitadas, que le hacen pasar de un golpe de la más completa nulidad al último grado de

despotismo, el cual ejerce entonces de la manera más extravagante. En México (los defectos de la constitución de 1812) se conservan en toda su extensión, sin que los legisladores hayan atinado todavía con algún medio de corregirlos, y de aquí procede el descrédito completo en que han caído unas instituciones, que no se consideran bajo otro aspecto que como la fuente y origen de todos los males que el país padece, cuando reducidas a los términos que la razón y las circunstancias exigen, hubieran debido ser el medio de hacer provechosa y benéfica la independencia. (1847).

Por desgracia, y es menester confesarlo con tanto sentimiento como franqueza, el desconcierto que se ha experimentado (en México) en la administración de los fondos públicos, no ha sido en muchos casos por falta de capacidad, sino de probidad, y en esta parte todo cuanto se solía referir de los pocos virreyes que en el reinado de Carlos IV dejaron triste reputación de su conducta, se queda muy atrás de lo que hemos visto después de la independencia, siendo los mexicanos los que peor han tratado a la patria a quien debieron el ser y a cuyo servicio estaban obligados a consagrarse, la que parece han considerado algunos como país de conquista, o como un real enemigo tomado por asalto, sin que por esto hayan faltado hombres cuya honradez haciéndoles mucho honor, ha puesto de manifiesto que no se carece de ellos cuando se quieren emplear.

(Hay una) propensión natural a la independencia en todos los que ejercen una autoridad subalterna.

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

Todos los creadores de gobiernos y fundadores de repúblicas, se tienen siempre por más dignos que otro alguno de ocupar el supremo puesto.

La independencia es una inclinación tan natural y noble en las naciones como en los individuos, que una vez despierta la idea de conseguirla, se desarrolla con fuerza irresistible, mucho más cuando se presenta un porvenir lisonjero y se ofrecen a la vista grandes e incalculables ventajas.

Los generales insurgentes, en la fuga siempre los primeros, no se presentaban en ninguna parte en el calor de la acción; no sabían precipitar con oportunidad sus masas informes sobre un enemigo ya en desorden para acabar de desbaratarlo a fuerza de número, y retirándose de batería en batería, las perdían todas esperando a ser atacados en cada una. Para ellos todo ataque era derrota, y no había nunca retirada, porque toda retirada era siempre huída. Esto mismo hemos visto en nuestros días, aunque contando en apariencia con mejores elementos. (1847).

La revolución (de los insurgentes) no tenía objeto determinado: los que la dirigían proclamaban una cosa contraria a la que era su intento realizar, y la multitud que los seguía, no era movida más que por el atractivo del saqueo.

Nadie ha censurado tan acremente la conducta de los insurgentes como los insurgentes mismos, cuando llegaban a enemistarse.

Se podría formar el más horrendo cuadro de la revolución, sin hacer otra cosa que copiar lo que han dicho y publicado en sus manifiestos unos contra otros.

“¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines!”
...Grito de muerte y desolación, que habiéndolo oído mil veces en los primeros días de mi juventud, después de tantos años resuena todavía en mis oídos con un eco pavoroso.

El clero y el desorden eran precisamente lo que sostenía la revolución (de los insurgentes): sin el primero, hubiera carecido de jefes; sin el segundo, no habría tenido secuaces.

Era opinión general entre los mexicanos al principio de la revolución (1810), y lo fué por muchos años después, hasta que tristes desengaños la han hecho variar, que los Estados Unidos de América eran el aliado natural de su país, y que en ellos habían de encontrar el más firme apoyo y el amigo más sincero y desinteresado.

Absurdo principio que ofendiendo a la verdad y al buen sentido, se ha querido establecer, de despojar de la gloria de haber

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

hecho la independencia a los (realistas) que verdaderamente la verificaron, para atribuírla a los (insurgentes) que no hicieron más que mancharla y retardarla.

Ninguna parte tuvo en (la independencia) la antigua insurrección, si no es la muy remota de haber dado motivo a que se formase un ejército, y que éste después de algún tiempo la hiciese.

Por haber querido establecer con la independencia las teorías liberales más exageradas, se ha dado lugar a todas las desgracias que han caído de golpe sobre los países hispanoamericanos, las cuales han frustrado las ventajas que la independencia debía haberles procurado.

(En 1821, la independencia), objeto del deseo ardiente de los mexicanos, estaba conseguida; pero siendo éste el único punto en que todos estaban de acuerdo, el lograrlo fué lo mismo que soltar el lazo que los unía, y abrir la carrera a la ambición privada, a las ideas diversas y más opuestas en materia de sistemas políticos, y las pretensiones más excesivas de todo género.

El imperio de don Agustín de Iturbide, por su corta duración, más bien puede llamarse sueño o representación teatral que imperio.

tiene las pretensiones que escritos seductores han inspirado a algunos pueblos de Europa, a quienes se ha excitado a la sedición, para que sólo saquen tristes desengaños y vengan a caer bajo un dominio más absoluto que el que sacudieron.

La mayor ofensa para un hombre del campo: tomarle sus caballos.

En la República Mexicana se ha pasado de unas ideas excesivas de riqueza y poder, a un abatimiento igualmente infundado, y porque antes se esperó demasiado, parece que ahora no queda nada que esperar. (1852).

En (México), todo lo que ha podido ser obra de la naturaleza y de los esfuerzos de los particulares ha adelantado; todo aquello en que debía conocerse la mano de la autoridad pública ha decaído: los elementos de la prosperidad existen, y la nación como cuerpo social está en la miseria. La consecuencia que de estos antecedentes incontestables se deduce, y que tiene todo el rigor de una demostración matemática, es ésta: *las instituciones políticas de esta nación no son las que requiere para su prosperidad*; es, pues, indispensable reformarlas, y esta reforma es urgente y debe ser el asunto más importante para todo buen ciudadano. (1852).

En la época en que nos hallamos (1852), . . . todas las esperanzas de un porvenir mejor, se han desvanecido; ...tantas

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

revoluciones sin fruto han apagado no sólo el espíritu de patriotismo, sino aun el de la facción y partido, ...no queda en la nación ambición alguna de gloria, ni en los particulares otra que la de hacer dinero.

Basta que no se desespere de la salvación de la patria, para que se trabaje con empeño en procurarla. Las desgracias que ella ha experimentado, los desaciertos que se han cometido y que ha sido mi deber de historiador presentar sin disfraz, no deben abatir el ánimo ni abatir las esperanzas de los que aman a su país. Todas las naciones han tenido épocas de abatimientos; todas presentan en su historia sucesos lamentables, facciones, derramamiento de sangre, excesos de toda especie; pero la constancia en la adversidad, la prudencia de los gobiernos y la ilustrada cooperación de los ciudadanos, las han salvado de situaciones que parecían irremediables, y las han elevado después al colmo del poder y de la gloria.

México será sin duda un país de prosperidad, porque sus elementos naturales se lo proporcionan, pero no lo será para las razas que ahora lo habitan, y como parece destinado a que los pueblos que se han establecido en él en diversas y remotas épocas, desaparezcan de su superficie dejando apenas memoria de su existencia; así como la nación que construyó los edificios del Palenque y los demás que se admiran en la península de Yucatán, quedó destruída sin que se sepa cuál fué ni cómo desapareció; así como los tultecas perecieron a manos de las tribus bárbaras

L U C A S A L A M A N

venidas del Norte, no quedando de ellos más recuerdo que sus pirámides en Cholula y Teotihuacán; y así como por último, los antiguos mexicanos cayeron bajo el poder de los españoles, ganando infinito el país en este cambio de dominio, pero quedando abatidos sus antiguos dueños, así también los actuales habitantes quedarán arruinados y sin obtener siquiera la compasión que aquellos merecieron. Se podrá aplicar a la nación mexicana de nuestros días, lo que un célebre poeta latino dijo de uno de los más famosos personajes de la historia romana: "Stat magni nominis umbra" (Lucano. Farsalia, hablando de Pompeyo): "No ha quedado más que la sombra de un nombre en otro tiempo ilustre".

¡Quiera el Todopoderoso, en cuya mano está la suerte de las naciones, y que por caminos ocultos a nuestros ojos las abate o las ensalza según los designios de su Providencia, dispensar a la nuestra la protección con que tantas veces se ha dignado preservarla de los peligros a que ha estado expuesta!